

EL ECUADOR INTELECTUAL

INDICE DEL MOVIMIENTO LITERARIO RECIENTE (1)

LOS DESAPARECIDOS

No acuden ahora a la concisa enumeración las cumbres del pensamiento, Olmedo y Montalvo, genios consagrados por el óleo de la inmortalidad, en críticas luminosas que derraman la eurytmia de lo sublime admirativo y del arte magnífico, cual las de Menéndez y Pelayo, Rodó, Varela, B. Fombona, para no citar centenares de extranjeros. Ni otros claros varones en el gayo decir y en el meditar detenido, como Numa Pompilio Llona, el que siguió al espíritu en su odisea y cantó el augusto dolor del alma en la eternal soledad de la noche en las montañas; Juan León Mera, verdadero bardo nacional del himno patrio y de las leyendas de las vírgenes del sol; César Borja, el policromo artista de los paisajes de Esmeraldas, el

(1) De la carta particular con que se acompaña la presente colaboración, transcribimos este párrafo: «Acepto la distinción, y envío a Vd. un artículo acerca del movimiento actual ecuatoriano en ciencias y letras. Es meramente un índice; pero servirá sin duda para hacer conocer a mi patria en el Exterior, aunque sea en bosquejo desde el punto de vista intelectual. En América necesitamos más aproximación, mayor intercambio de idea, acercamiento espiritual de hombres y empresas culturales. Mi modesto trabajo tiende a ese fin». Y, es dentro de ese plan concordante con nuestras ideas, de vincular instituciones y hombres de ciencias, que damos cabida a esta colaboración, de uno de los intelectuales más sobresalientes entre los literatos sudamericanos. (N. de la D.).

que reconcentró la humana piedad hasta a orillas de la tumba; no vienen estas figuras triunfales a la llamada de la hora, que se dedica a los nuevos, a los modernos devotos del arte, a los que algún gesto literario está clarificando sus vidas. En esta lista, trazada brevemente, quizá olvidamos algunos nombres; pero será contra nuestra voluntad, pues los de la obra definitiva y los del ensayo pasajero, los maestros y los discípulos que descuellan victoriosamente, todos los que, aunque sea de paso, han tomado la pluma en el período actual, todos constan, si se exceptúan algunos inteligentes profesores, como Quevedo, como los Dres. Alberto Gómez J., Alberto Larrea, Alfonso Moscoo, algunos titulados, algunos jóvenes que ocasionalmente han compuesto versos o pronunciado discursos; pero que no están frecuentando el sendero literario, sino que se han retraído en estos últimos tiempos. Quienes tomaron otros rumbos, sin volver a acordarse de las letras; la política les arrebató en su raudito torbellino. Muy pocos son los que han concretado su labor, reuniéndola en el libro, coleccionándola en la revista. Como la mariposa, hay que ir de flor en flor, por entre los diarios y la fronda de olvidados fascículos que no llegaron a complementar un volumen, para entresacar algún néctar, algún jugo perfumado, algún vistoso cáliz. Carecemos de modernas antologías, de colecciones que faciliten la búsqueda. Este índice, aunque no reproduce versos ni trozos literarios escogidos, da, sin pretensiones críticas, ligera idea del jardín por el que anduvieron los peregrinos del arte. Mucho, contra nuestra culpa, quedará escondido, por dificultad de encontrar la fuente; pero siquiera esta pálida enumeración sirva de estímulo para más detallados catálogos, y sea un exponente del minuto intelectual ecuatoriano. El tiempo fijará la producción y la dividirá en ordenados períodos. Repetimos que no *hacemos crítica*. El espigamiento que se consigna es de la movísima cosecha. Poetas laureados como Remigio Crespo Toral; gramáticos y hablistas como Carlos R. Tobar y Honorato Vázquez, investigadores de la historia como Alberto Muñoz Vernaza que desentrañó la vida de Espejo; juristas magnos como Luis Felipe Borja, Rafael M. Arízaga, J.

M. Borja, el del epítome de historia general del derecho romano, quédense allá, en serenas mansiones, esperando el voto de la posteridad, que ha colmado de gloria a unos y prepara igual apoteosis para otros. Vates infantiles, de argumentos florideantes y pequeños como Miguel Moreno, el del *Libro del Corazón*, que parece un gemido de Balart que extraña a su Dolores, mézclense entre los místicos cuencanos que todavía llevan flores para los sábados de Mayo y las novenas universitarias.

Las letras ecuatorianas, en menos de un año, han perdido tres de sus fecundos y formidables representantes: en el campo de la ciencia y de la historia. Federico González Suárez, que cultivó la oratoria sagrada, la crítica, la poesía, la honda investigación arqueológica, la estética de la naturaleza; en la poligrafía, Nicolás Augusto González, novelista, lírico y dramaturgo, infatigable campeón del diario; en el ingrato palenque de la polémica y el agotador del periodismo, Manuel J. Calle, que produjo, además, artículos de costumbres, leyendas americanas, necrologías, numerosas *Charlas* y fundó diarios y revistas. La tumba se ha tragado estos tres grandes cerebros, que no siempre fueron—complexión humana al fin—tres grandes corazones, si bien el primero culminó por sus virtudes.

Poco antes de ellos, se había hundido también en el perpetuo silencio Abelardo Moncayo, poeta clásico de Bolívar y Sucre, elogiador filósofo de la *Soledad*, mirífico cuando se inspira en la sublime de nuestras montañas: el Chimborazo. Este irónico escritor político, de acerado juicio, erudito en la esfera crítica, educó a la juventud en un largo y áureo período como Rector del Instituto Nacional Mejía. Fué dramaturgo con su obra *El Diez de Agosto*, varias veces representada en Quito. Ha legado a la patria sus *Año-ranzas*, en las que pondera las virtudes del ilustre ibarreño doctor Mariano Acosta y de esa enorme alma de mujer Marietta de Veintemilla, estrella de tal magnitud en el horizonte ecuatoriano “que ella sola bastaría para enorgullecer no tan solo una nación altamente civilizada y culta, más aún todo un Continente”. Allí esplenden también “los dos patriarcas del liberalismo ecuatoriano”: Pedro

Moncayo y Pedro Carbo; allí el aplauso al doctor Antonio Borrero C. por su labor de reparación en orden a los testimonios históricos de Berthe, al que refuta razonada y documentadamente; allí el salir por los fueros de la justicia al defender al General Lamar; allí las notables cartas políticas, como la que llamó, desde Lima, *Montalvo Civilizador*; allí la preocupación de asuntos limítrofes, como la réplica al doctor Luis Cordero, en bien de la integridad del territorio.

En Nueva York falleció el *alter ego* de Abelardo Moncayo, como se llamaba el doctor Felicísimo López, varón austero, verdaderamente un puritano, de diarias meditaciones en sus *Virutas*. Había padecido persecuciones por la justicia y narró los infortunios de férreo luchador, amontonados por el fanatismo, en la *Historia de una excomunión*. Se preocupó mucho de la patria. Arregló un *Atlas* geográfico y transparentó el progreso de otras naciones, sobre todo en los caminos carreteros, en *Pro-Patria*.

Dolorosa la muerte de Eudófilo Alvarez, en Abril de 1917, en plena juventud, laboriosa y encomiadora del arte. En *Cuentos y otras cosas* coleccionó temas de costumbres, críticas, impresiones de viaje por el oriente del Ecuador. Fué celebrada y reproducida en el exterior su novela artística, psicológica y epistolar *Abelardo*, con la que armonizan sus *Ocho cartas halladas*. Deja algunos artículos inéditos.

Con emoción estética interrogaba *¿La historia superior al drama y la novela?* al replicar conceptos del señor Jacinto Jijón y Caamaño, revelando finura de artista y erudición nada vulgares.

En temprana hora bajó al sepulcro, el 29 de Diciembre de 1917, Oscar Ignacio Alexánder, músico y desvelado por la literatura. Sus ligeras opiniones acerca de Toledo, el poeta de las *Bru- mas*, de Noboa Caamaño y del ameno Enrique Gómez Carrillo confirman sus gustos. Estrenó en Quito su comedia *El collar de perlas*.

Otro de los desaparecidos es el doctor Alfredo Espinosa Tamayo, que ilustró el pseudónimo de *Capitán Nemo*. Vivió en Guayaquil, no obstante su torturador mal, consagrado a la ciencia. Sus

libro *Guía para la enseñanza de la higiene*, es muy útil traducción.

El doctor Ulpiano Pérez Quiñonez falleció en Riobamba el 27 de Diciembre de 1918. Orador sagrado, sus sermones y discursos fúnebres, como el pronunciado en el centenario del martirio de los patriotas quiteños y el a la memoria de Juan Claverie, sus panegíricos, ponen de resalto la fluidez y corrección de su lenguaje. En Ibarra dió conferencias acerca de sus viajes por la Palestina a los sacerdotes de sus diócesis y a los obreros acerca del trabajo. En conversaciones familiares trató sobre sus impresiones del Egipto, su llegada al Cairo, su visita a las pirámides. Explicó también la liturgia.

Fary José María Aguirre, abogado, orador sagrado, exhaló el último suspiro el 13 de Febrero de 1919 en Quito. Había nacido en Cuenca. Poético por la unción de su palabra, por su seráfica humildad, sus sermones, de adorable sencillez, seducían por la claridad de los símiles y el aroma sincero que los saturaba. Subía la entonación de su estilo en las oraciones fúnebres y panegíricas. Conocedor de la Biblia, sus comentarios y alusiones eran de seductora naturalidad y de aplicación inmediata. Fué un santo y un cautivador tribuno místico.

Un caso angustiosísimo no debe pasar inadvertido: el de Félix Valencia, un poeta que murió de hambre en el hospital de Quito. Había publicado sus versos en dos folletos: en 1911, sus *Cantos de Vida y Muerte*, y en 1914, *La epopeya de San Mateo*, dedicada a Colombia legendaria y heroica. Sus amigos proyectaron honrar la memoria de Valencia. En vano buscaron solícitos su cadáver: no fué hallado jamás.

Por la misma época falleció en Guayaquil, en el Manicomio, ya frizando en los setenta años, el coplero Molestina, popular por sus juguetes dramáticos que se creía brotes de desequilibrio.

En noviembre de 1918 sucumbió en Guayaquil el poeta y periodista Antonio Alomíd Llori, educado en Quito, en donde pasó casi toda su vida. Nació en Esmeraldas el 13 de Junio de 1867. Su poema *La última noche del Inca* alcanzó el segundo premio en un con-

curso académico, el 10 de Agosto de 1888. Publicó un tomo de poesías *Mis Alboradas* y una leyenda abirigen *Un drama en mis montañas*. En *El Día* escribió con el pseudónimo de *Eliseo*. Colaboró en la instrucción pública, en el ramo de estadística.

Arrancado tempranamente a la vida fué el poeta quiteño Arturo Borja. Su corta colección de rimas es selecto puñado de exquisitos versos, de los que fluyen delicadeza y sentimiento. Leyó mucho a los poetas franceses, Llegado de París, traía las remembranzas del simbolista Mallarmé con sus estremecimientos de invierno que ve tiritar las arañas arriba en los grandes ventanales, en tanto que abajo oye el tic-tac del viejo reloj de Sajonia; venía penetrado del acento elegíaco de Alberto Samain que llora la tristeza del otoño que deja caer las doradas hojas, “como recuerdos, lentas, sobre la hierba”, en el anochecer cansado, cuando la rosa del jardín “una pena incurable parece que suspira”. Acudía al hogar recitando poemas de Enrique de Régner, impregnado de la modernidad del tráfico diario, distinto del de otoño, que era como un jardín de claustro. Gustaba mucho de las místicas ternuras de Francisco Jammes, tan natural y sincero y al que tanto admiran muchos modernos poetas españoles. Borja se apartó de la técnica becqueriana de Toledo y de las declamaciones altisonantes a lo Nuñez de Arce de ciertos clásicos viejos vates del Azuay, para descubrir el lenguaje de la fuente que llora o que ríe en las dolorosas tardes del estío. Citas en el blanco cementerio, anhelos de remediar el dejo melancólico del placer a fuerza de repiquetear los cascabeles de la madre locura, rezos de angustia en la senda del olvido y en el camino de la quimera, fueron sus temas suaves, impregnados de sentimiento y belleza, que le inducían a abrir las hojas de Juan Ramón Jiménez, como un férvido enamorado de la melancolía. El rumor de sus ledas canciones de veinte años se apagó pronto: Borja murió en 1912, en el alba de una “primavera mística y lunar”.

No obstante haber transcurrido más de un lustro de la irreparable desgracia, citamos entre los recientes a Borja, porque un grupo de fervorosos jóvenes continúa leyendo con cariño aquella

corta y hermosa obra poética, que todavía comentan y reproducen. No olvidamos tampoco al sentimental Emilio Gallegos del Campo, del que vivirán muchas dolientes endechas. Es suyo el drama "Honra de Obrero".

EL VERSO ACTUAL

Ahora echamos una rápida ojeada a los juveniles poetas de la actual era literaria. Los de otras edades, como Víctor M. Rendón, de *Telefonemas* y *Telepatías*, como Juan Abel Echevarría que ha plañido, serena y armoniosamente, en una bella elegía, la muerte del Dr. González Suárez, como Leonidas Pallarese Arteta, el de las rimas, las tarjetas postales y los cantos a los héroes patrios; quédense para juicios de otra época, para estudios por separado. Paso a los noveles trovadores.

En París demora el poeta que en sus vuelos de arte ha entrado sencillamente al íntimo del alma a musitarla emocionantes cosas: Ernesto Noboa Caamaño. Todavía no publica sus versos reunidos; pero están listos a editarse bajo el dictado de *Romanza de las Horas*. Es quizá el más claro y dulce poeta de la juvenil generación, el que con encantadora espontaneidad nos ha transmitido las sugerencias de una flauta en la noche callada. El colombiano Martínez Mutis, al exteriorizar su intensa poesía, ha dicho de la turbación del alma ante el poema de Noboa sobre el misterio de ciertas románticas tardes en las que uno anhela viajar, tal vez morir, desvanecerse. Nos convida a oír, poseídos de misticismo, la "vaga y desgarradora melodía de la noche dormida y silenciosa". Noboa, que nos ha contado el secreto vespéral pleno de indecibles deseos, en sus plegarias depreca alivio para la angustia de sus graves horas. Ante la dolorosa realidad de la vida, el magnífico poeta deja comprender que su corazón es silente cementerio poblado solo de cruces. Sus "pobres ojos tristes de niño envejecido" contemplan el morir del día y nos contagian de tristura. A veces, como un calmante para sus penas, se entretiene en trovas ligeras y juglarescas.

También ambula en el centro espiritual del mundo Miguel Angel Corral que, en versos eróticos, evoca a la siempre adorada, origen de su inspiración continua. En faltando su musa, el poeta se considera como una destrozada "nave triste". Vive empapado de adoración femenina. Desde el Castillo de If, su lira de viajero dedicó a Amado Nervo algunos sonidos en presencia del mar. En su novela *Voluptuosidad*, entre jaranas madrileñas, hizo figurar a varios de sus antiguos compañeros de Quito. La de costumbres *Las Cosechas*, fué laureada; pero el premio nunca llegó a sus manos.

Con un cargo consular viaja por exóticos países Víctor Hugo Escala, el de *Motivos Galantes*, tomito de rimas fáciles y amorosas. Junto al soneto de tema frívolo, suspira el gracioso madrigal, lleno de elegancia, alado como vistosa mariposa.

Otro poeta que se ha radicado lejos del terruño, en la vecina República del Perú, es Aurelio Román. Su arpa de resonantes cuerdas ha lamentado los tiránicos sinsabores del indio, en un altivo poema *Los proscriptos del Nuevo Mundo*, que sangra y contrista. El poeta, en bellos sonetos y otras filogramas, desborda las melancolías de su corazón, magno en sentimientos ennoblecedores. Ha traducido con primor composiciones de Teodoro de Banville, Enrique de Régnier, Edmundo Rostand. Su pseudónimo favorito es *Forreigner*.

Alguna vez en su primera juventud rindió el obligado tributo a los versos César E. Arroyo, que reside en España. Siendo su temperamento de poeta, se ha consagrado a la prosa cálida y rítmica, para transmitirnos sus fervores acerca de la Madre Patria, cuyo movimiento intelectual sigue con filial afecto, sobre todo el dramático, del que ha hecho reseñas de varias temporadas. Con avizores ojos continúa *Mirando a España*, para, en sabrosas crónicas, auscultar sus palpitaciones, cual lo hizo *Al margen de la Epopeya*. Ha publicado algunos apuntes dramáticos como *El Caballero*, *la Muerte y el Diablo*. Colabora en buenas revistas españolas, la *Cervantes* en primera línea.

J. Trajano Mera es de abolengo de trovadores. Después de sus

lucidos *Sonetos* y *sonetillos*, nos deleitó con los juguetes cómicos, *Guerra y Paz* y *La visita del poeta*, chispeantes e intencionados. Su obra seria y erudita *Cónsules y Consulados* mereció triunfal acogida en el exterior. Ha prestado grandes servicios a los funcionarios que representan en Europa a sus patrias americanas. Halla facilidad en la tradición y el cuento. Pruébanlo la *Batalla de las espuelas de oro*, rasgo épico de Bélgica, el *Cóndor* en que da a conocer el sarcástico sufrimiento de un indio tuerto. Su patrón le insulta por haberse atrasado, a pesar de que justificó el retardo con la pérdida de un ojo extraído por un voraz buitre. Esto no le conmueve al duro amo Manuel. En el cuadrito *Los Perros*, refiere que don Andrés odiaba a los canes porque estuvo al punto de ser devorado por uno de ellos cuando en Imbabura la conmoción terráquea le sepultó vivo. Con gracia inimitable nos cuenta *La conversación del Dr. Próspero*, a punto de delinquir si el mono de la dama misteriosa no se enrosca en el cuello del buen párroco. Últimamente, en fervido discurso, ha prorrumpe en uno como himno a Francia.

Wenceslao Pareja con sus *Voces lejanas y otros versos*, fiel a las leyes del ritmo, obtiene efectos onomatopéyicos para significarnos melodiosamente que los viejos dolores y las viejas penas son su más valioso tesoro. En ágiles octosilabos describe, en su *Cuento*, una escena de amor en que llora Margarita. Conocemos también de él *Algunos datos sobre la peste bubónica en Guayaquil* y *Anhelo Universitario*, discursos que en 1918 pronunció en Guayaquil al iniciarse el año escolar.

Manuel María Sánchez, desde que nos dió a saborear su trascendental y bellísima poesía *Paz?*, en la que, ante el lago de sangre del mundo, emerge, como atroz sarcasmo y terrible reprensión, la doliente y amorosa figura de Jesús, que en vano abre sus brazos en suplicio de cruz; y desde que publicó su clásico soneto, cual tallado en bronce, acerca de González Suárez, viril y justiciero, vibrante como "voz de admonición y de protesta", ninguna otra poesía ha venido a enriquecer el campo del arte. Consagrado a la vi-

da pública y a la cosecha docente, vigila desde la Presidencia de la Cámara de Diputados las leyes de instrucción pública, saliendo por los fueros del magisterio. Su actuación como Rector del Instituto Nacional Mejía ha sido tan eficaz, que ha impreso nuevo rumbo a la enseñanza secundaria. Su profundo conocimiento del ramo le inclinó a formular un proyecto de Plan de Estudios.

En medio de sus labores jurídicas, pulsa la lira de clásicos sonos N. Clemente Ponce, y se pone a traducir, en magistral silva, la Eneida (Canto I) con soltura y corrección de lenguaje que sorprenden. Cuando la finalización del pleito secular con la vecina Colombia, vibraron sus sáficos adónicos de armonioso ritmo, sin romper ni por asomos las leyes de la eufonía. Es muy devoto de los cantares marianos.

Remigio Tamariz Crespo, nos ha dado a conocer el idilio *Lucía*, *Apoteosis*, dedicado al doctor Crespo Toral cuando se acentuó el proyecto de su coronación, y *Malvaloca*, que ofrenda al maestro Ricardo León. Con entusiastas aplausos ha saludado la crítica este poema, por la espontaneidad de su versificación, la naturalidad de los cuadros y los momentos emotivos de suave poesía. *Malvaloca*, en medio de su sencillez, brilla como joya de apreciables quilates. Nuestro propósito en este índice es ser exageradamente sumario, por esto nos privamos de la delicia de reproducir algunos trozos.

Francisco Falquez Ampuero traduce gallardamente del francés a los poetas modernos. En *Rondeles Indígenas* y *Mármoles lavados* hallaréis muestra de ello, lo mismo que en la elegante edición de *Gobelinos*, en los que fulguran sonetos de perfección tal, que parecen recamados en finísima tela. Sirve de introducción a las tersas poesías un ensayo sobre el exquisito Heredia de los *Trofeos* y el desarrollo pennasiano con Leconte de Lisle, Sully Prudhomme, Catulle Mendés, etc. En prosa, tiene toques de la guerra europea en *Sintiendo la batalla*. También le pertenece *Lujo de pobre*.

Luis Felipe Borja, de tarde en tarde, sube las cumbres del Parnaso. Una de sus últimas producciones, junto con sus *Trenos*, es el soneto *A París*, en el que admira con santa pasión "el doble es-

fuerzo del hogar latino". Consagrado a estudios jurídicos, como el notable sobre la ley de jornaleros, no visita a menudo a las musas. Quede constancia de su conferencia *González Suárez; su vida y su obra*.

Francisco Guarderas acude, aunque no con frecuencia, a las moradas de Apolo. Sus composiciones *La Cita*, *Mi súplica*, los sonetos *Tu burla*, bastarían como comprobante. Es sutil espíritu crítico. El boceto del carpintero Beltrán, y las lucubraciones de los intelectuales ante la guerra europea, dicen de su estilo en la rauda prosa.

Gonzalo Cordero, connotado de ilustre familia cuencana, en la que figuran los Luises y Migueles, fluyó, en sentida elegía, su angustia por la muerte de su padre, ex Presidente de la República, varón de ciencia y de estro poético, tribuno de gran facundia. Esos doce sonetos vierten el sereno dolor del artista y no fatigan el tema, que se creería de una sola cuerda y, por tanto, monótono. Llevan el nombre de *Por mi tristeza*. En *Bartolo* esculpió siete sonetos de natural colorido, ilustrando la minucia de la muerte de un labriego de su tierra.

J. M. Astudillo Ortega en *Ecuatoriales* esboza el paisaje cuencano y rinde parias al medio ambiente provincial, amenizando todo con el sentimiento de su alma, en rimas de fáciles metros. Devoto del arte, se da tiempo de rezarle sus oraciones, en medio de la rigidez del aprendizaje de medicina que, por otra parte, es fecundo en argumentos del dolor humano. La elegía de un hospital bastaría para inmortalizar a cualquier poeta científico. César Borja aprovechó altamente este motivo piadoso y real.

C. A. Arroyo del Río destinó, en bien cortados versos, una composición a Quito, la heroica y luminosa. Sus sonetos son amorosos y madrigalescos. El titulado *Ojos claros* es un elogio, a lo Cettina, de ellos.

Guillermo Bustamante, empapado de melancolía, en sus alejandrinos *Soy triste peregrino*, manifiesta muy precozmente que "lleva un alma frágil y un corazón enfermo". Tema de mayor sentimiento.

to es *Y seguir . . . seguir*. Sonetos como a la luna, su *Blanca Fugitiva*, y *En la Playa*, escorzo de virgen dormida en la arena, son bastante esmerados. En su poemita *Moderna heroína* dibuja la silueta de una mujercilla decadente y erótica "carne de miseria y de vicio".

Rafael S. Romero y Cordero rinde respetuoso tributo a la poesía. Gusta de los motivos cortesanos y de la nota fugaz e impresionista cual un "cuento de la última Cenicienta". Forman parte de su libro inédito *Rosas de ensueño* sus *Misticismos crepusculares* que nos ha dado a conocer. *Responsos capitales*, sonetillos consagrados a Baudelaire, Poe, Verlaine, Walt Whitman, Darío y Valle-Inclán, indican su técnica moderna y la simpatía por los atormentados de un ideal. Es hijo del doctor Remigio Romero León, exquisito autor de *Leyendas olvidadas*.

Emilio Alzuro Espinosa, interrumpiendo sus faenas de notable arquitecto que ha trazado bellísimos planos, nos regala de vez en cuando versos que son como manjar para selectos paladares.

Las generaciones juveniles se honran con tres poetas que prometen mucho; César y Jorge Carrera Andrade, dos hermanos inteligentes, y Gonzalo Escudero Moscoso, todos redactores de "La Idea", dirigida por otro retoño literario de un fecundo tronco que ha nutrido a muchas con su savia: Luis Aníbal Sánchez, nieto del viejo y querido maestro don Quintiliano Sánchez, el de los épicos poemas al Cotopáxi, Chimborazo y Agoyán, de la extensa *Leyenda del Padre Almeida* y de las elegías *Mis tristezas*. César y Jorge Carrera Andrade nos hablan con fina penetración del alma de las cosas, de la intensidad de la vida. Ambos han sido laureados: el primero en los *Juegos Florales* universitarios, y el segundo, en anuales concursos literarios del Instituto Mejía.

En ellos obtuvo también el primer premio Gonzalo Escudero. Sus sonetos son una filigrana. Se inclina al género histórico. Ha consagrado poemitas sintéticos a los genios de la literatura universal. Sus trípticos son brotes galanos de su huerto sentimental. *El Fauno dolor* es digno de figurar en cualquiera Antología.

Nicolás Augusto Cañizares es otro joven educado en el Ins-

tituto Nacional Mejía, donde le galardonaron con el primer premio en un concurso literario. Robustos son sus endecasílabos. Sabe escoger temas patrióticos y trascendentales. Los que sufren, los tristes y también las “almas rebeldes y altivas” hallan vibraciones en su lira juvenil.

Luis F. Veloz, el exquisito artista que lo mismo burila el mármol que el verso, ha penetrado en los secretos del ritmo y en el reino de las almas. Con la música de la palabra—cantada de maravillas—produce admirables armonías imitativas. Ha sido uno de los más avanzados paladines de la renovación estética en el fondo y en la forma. Todavía no mueren los sonoros clarines de su conferencia sobre restauración y sacra conservación del magnífico arte colonial, opulento, auténtico, inimitable, que ¡ay! la incuria nuestra está sepultando en el olvido.

Aurelio Falconí, el de *Policromías*, es delicado poeta. Sus versos, como bordados con seda, son de una suavidad que encanta. Recordamos su soneto al Mediterráneo que es admirable y amplia visión del mar, que nos sugiere tantas ideas de grandeza y tolerancia.

Medardo Angel Silva, brillante en el colorido, publicó *El árbol del bien y del mal*, de exuberancia descriptiva y fecundada poética. Vive consagrado al periodismo y al magisterio. Es director de *Patria*. Su pseudónimo, *Jean d'Agreve*.

J. A. Falconi Villagómez, sentimental en sus arias, ha recordado los cisnes de Darío, a los que Ruth adora al verlos pavonearse en el estanque. Al tratar del tedio de la vida, suspira por apagar las lámparas de su fe. Sus composiciones tienen el sello de la distinción un si es no es aristocrática.

José Rafael Burbano Vázquez, en Enero de 1910, ha dado a luz un puñado de sentimentales sonetos, que vienen *De allá*, de sus primeros amores, de su infancia, de la perdida heredad, que custodia el viejo mayordomo, y en la que arde “el casero fogón”. Vuelve a ver el rostro curtido de sus peones, aspira el vaho de humedad de las olvidadas viviendas, “humedecidas al quedar cerradas, como

si hubiesen de dolor llorado”. Y recuerda a su “compañera de ayer”, para la que arrancaba frutos del limonero y capullos perfumados. Mudo está su piano y borrados los primeros palotes que trazaba...

Pablo Hanníbal Vela, maneja con soltura el pareado. En revistas nacionales da a luz algunas composiciones apreciables.

Carlos F. Granado publicó dos composiciones *La Guerra y A la Patria*. Su drama *Justicia* le pertenece.

M. A. Granado y Guarnizo cultiva también la métrica. Le corresponde su cuento *El poeta Jacinto*.

Venancio Larrea Alvarado dirige en Guayaquil “El Demócrata”. Acaba de publicar un tríptico sobre el General Eloy Alfaro.

En Guayaquil figuran otros jóvenes: Melitón Ochoa, Miguel Angel Barona, Rosendo Avilés, José J. Pino de Icaza.

M. E. Castillo y Castillo pone en boca del trovador sonoros versos. No olvida tampoco a la luna.

José María Egas deslía sus menlancolías, sus rimas de plata y sus notas de cristal.

José Buenaventura Navas editó *Latidos del Corazón y Paisajes de ensueño* y anuncia “Gritos del alma”.

Sergio Núñez reunió en *Hostias de fuego* las principales de sus dispersas rimas.

Agregaríamos en Quito a Humberto Fierro, Juan Luis Borja, José Rafael Vélez, Francisco Gómez Hernández y Manuel V. Pérez Flores.

En Ibarra M. Enrique Pasquel Monge, además de sus *Rimas Negras*, publica composiciones en periódicos del Norte; José Ignacio Burbano, congrega sus *Hojas de Amaranto* a la memoria del doctor González Suárez, expresando, en la sentida dedicatoria a su madre, que sus tristes e ingenuos versos son “música balbuciente”. A otro siglo pertenece el poeta Albuja, que ha dejado buenos discípulos.

En el Cañar publicó Luis R. Chacón R. un canto a la *Ciencia*, y *Vespertinas*, “hacecillo de versos de la primera juventud”.

Honra a Loja Manuel B. Carrión, de fáciles versos y pluma

galana, que en la *Revista de la Sociedad Estudios Jurídicos*, de la que fué Presidente, magnifica sus fervores. Rengel, Luna, han callado.

En Cuenca figuran Luis Miguel Cordero D., Luis Borrero y Cordero, Alfonso Moreno Mora, Víctor Manuel Albornoz, el que dirigía *Hacia el Ideal*, Carlos Aguilar Vázquez, Miguel Angel Moreno S., Ricardo Márquez T., Aurelio Galarza, Ricardo Darquea G., Cesáreo L. Peña, Luis Peralta Rosales, Ricardo Crespo O., Alfonso Malo R., César Peralta R., Manuel M. Muñoz, Daniel Cañizares, Alfonso Estrella Marchán, C. Cueva Tamariz, Alfonso J. Mosquera, Alfonso María Arce V., toda una falange de esperanzas juveniles. Probablemente restan algunos más, que la difícil investigación quebranta nuestros más vivos deseos de nombrarlos, entre los jóvenes soñadores y de promesas óptimas, como los demás redactores y colaboradores de *Páginas Literarias y Cultura*. Arrancado tempranamente de este mundo. César Dávila Córdoba dejó algunos versos y un juicio sobre el doctor R. Crespo Tonal.

En Riobamba, Carlos Arturo León, autor de dramas como *El Recluta y Reparación*; Luis A. de Borja y los jóvenes de *Acuarelas*. Allí reside Carlos Romero Gálvez, que ha publicado algunas revistas.

LA PROSA

La prosa ha sido más cultivada. En ella, con sujeción al léxico y a los primores de la fama, el alma de Montalvo ha dejado reverentes discípulos como Aparicio Ortega, Federico Proaño y otros que aunque muy lejos de sus ideas, mantuvieron la pureza del estilo, como Modesto Espinosa, Manuel de J. Proaño, Alejandro López, Cornejo, Matovelle, Miguel Valverde, de viril alma poética que en quemante silva protestó contra el crimen de que fué víctima Edith Cavell, "violeta de los campos londinenses". No es nuestro ánimo referirnos a los de edad provecta como José Antonio Campos, el de la sal ática y el episodio chispeante, que tan amables y regocijadas lecciones nos da en el periodismo con sus intencionados

cuentos—riqueza de *Rayos Catódicos* y *Fuegos Fátuos*—aplicados a lo social y político; ni a Camilo Destruge, que ya ha pasado de la media centuria, autor de una numerosa bibliografía histórica como *La Entrevista de Bolívar* y *San Martín en Guayaquil*, muchos episodios, biografías, textos; ni Celiano Monge, el de las pacientes investigaciones históricas, anticuario prolijo; ni Roberto Andrade, acerado escritor que en sus páginas históricas de García Moreno y el drama del 6 de Agosto, en sus libros de historia política, en la vida de Eloy Alfaro, ha derramado la energía de su alma, como si fuera un raudal de condenaciones y verdades quemantes.

Nuestro intento, en el índice de nombres apenas esbozados, es catalogar la época actual, representada por la juventud, frescas promesas y realidades que alientan en estos días.

Gonzalo Zaldumbide que con amor vertió su análisis prolijo y elegante en la vida de D'Annunzio, ha ensayado la alta crítica, enriquecida con las amplitudes de su ingenio. Con alma de poeta y visión de filósofo, examina *En Elogio de Henri Barbusse*, su obra, en especial *Los Suplicantes* y la definitiva *El Infierno*. Su empeño es mostrar “una manera de ver la vida y el mundo que devuelve al hombre toda la sombría grandeza que de ordinario desconocemos en él”, entrar en el misterio de las cosas y en el del sér racional. Su *Egloga trágica* es una psicología seductora del alma india, del recelo salvaje de esta criatura para confiar sus afectos y acercarse al blanco, al amo. Cuadros de tal plasticidad hay, himnos a la naturaleza, que encantan. Ha cultivado el cuento amoroso. No se aupa otra pasión que la que sufre y calla, sabe y espera, es el motivo del intitulado *Y amé más allá del amor*. Su admiración para Francia es inmensa: aguarda que luzca la sonrisa eterna de la alada nación, patria de la libertad y del arte refinado. Su mentalidad crítica ha consagrado al Ecuador, y en general a la América, sus horas de estudio, buscando la producción antigua, el crédito de viejos polígrafos como Villarroel y Aguirre, junto a emociones nuevas con el recuerdo del artista Veloz y el soneto de V. García Calderón.

Nicolás Jiménez, de una modestia y reconcentramiento ejem-

plares, triunfó con la semblanza, serena y reflexiva, del doctor González Suárez, biografía conquistadora de lauros. Su sagacidad crítica le hace entrar en lo más apartado del corazón y desentrañar sus secretos, ir hasta la caricatura del alma. Suspira por la aparición de un libro verdadero, saludable, que nos sirva de espejo y nos guíe, en el cual podamos conocernos y reformarnos. Tal es el anhelo *Del conocimiento de sí mismo* que dedicó al doctor Alfredo Espinosa Tamayo. Varias siluetas críticas ha escrito, siempre con ecuaníme e intenso juicio, como cuando penetró en la obra de G. Martínez Sierra, que en todo deja entrever "la misma voz, el mismo gesto, idéntica manera de ser", y en la de Juan Ramón Jiménez.

Julio E. Moreno analizó la obra laureada del doctor Remigio Crespo Toral y sentó grandes lecciones en el campo de la sinceridad y del arte. Talento primorosamente ilustrado, su crítica cala hondo: en la despejada visión de las cosas ve lecciones que aprovechen por su doctrina. Sus labores de instrucción pública no le han dado descanso para entregarse de lleno a la literatura.

Marcos B. Espinel, funcionario consular por muchos años, trazó crónicas de la guerra, simpatizando con la justicia y el derecho.

Homero Viteri, laborioso y emprendedor, boga por el adelanto de la instrucción pública a brazo partido. Su inmensa y pacienzuda monografía acerca del movimiento de Instrucción Pública en el Ecuador, más que una tesis de grado, es un extenso y completo trabajo de investigación histórica y pedagógica, que prestará grandes servicios al país. Se empeñó por manifestar la inaplazable necesidad del implantamiento de la Facultad de Filosofía y Letras, en una conferencia fácil y conveniente. Gusta de los estudios históricos, sobre todo de nuestra pre y protohistoria. No es extraño al movimiento cultural contemporáneo, como lo acreditan la presentación de la faz periodística de Azorín, de la precocidad de Héctor Miranda, sus acotaciones políticas y sociales. Es una personalidad simpática.

Luis N. Dillon, de energía y actividad de un yanqui, ha escrito importantes reformas acerca de instrucción pública. Como ministro

del ramo, supo imprimir seguro rumbo a la enseñanza. En la revista de la *Sociedad Figaro* se registran, desde sus comienzos, bellas composiciones. Ha fundado revistas y combatido con pureza en los diarios.

Carlos Tobar y Borgoño, en medio de su copiosa ciencia de publicista erudito, su luminoso proyecto de codificación del Derecho Internacional Privado, sus nacionales problemas de ingeniería, se da campo para acariciar las letras amenas. Tiene sabrosas leyendas como la de *Y fué General* que recuerdan el tiempo heroico americano. Copias de lienzos naturales como *Pedro de la Cruz* son estudios de caracteres de interés y originalidad subidos. Acaba de infundir dulce soplo optimista a la juventud en un entusiasta discurso, pleno de resoluciones e ideales, al abrir las puertas de la Universidad Central, como Rector de renovamiento y saber enciclopédico.

Luis Robalino Dávila, desde el Norte de Europa, se preocupa de su patria y anhela que el Ecuador entre ufano en el concierto de las naciones. Ha cultivado la novela y el periodismo. Ahora se ocupa en temas consulares e internacionales de eficaz implantación.

José Rafael Bustamante, atildado escritor de sutil psicología, después de su novela *Para matar el gusano* se ha encerrado en absoluto silencio, aislándose en su propio alcázar interior, que diría el maestro de Ariel, para cultivar en calma sus bellos jardines espirituales. La patria y el arte esperan de él frutos sazonados.

Luis Eduardo Bueno, incondicional admirador de Montalvo, según lo consignó con franqueza al reproducir una carta del Cosmopolita en defensa de don Antonio Flores, gusta de aquilatar severamente los valores literarios. Es un espíritu cáustico. Su crítica es razonada y de fundamental análisis. Ha delatado, en vibrantes hojas históricas, los crímenes del 28 de Enero que prendieron la hoguera para el mártir Eloy Alfaro, el reformador ecuatoriano. Ha publicado algunos libros de crítica social y literaria. Disertó acerca de géneros literarios como el drama y la novela.

César Alfonso Pastor anda por ciudades francesas. Entusiasta y curioso por la ciencia, no es indiferente a la literatura apa-

esionada. Aconseja a menudo a su alma la necesidad de soñar, enviándola sus misivas de primavera. Ha descrito escenas de bohemia juvenil y remitido crónicas de sus viajes. Analizó la filosofía de Ortega y Gasset. Ha publicado un ensayo de estética y un folleto "La educación democrática". Le mueven aspiraciones generosas.

Eduardo Mera es ha dedicado con esmero a los cuadros de costumbres. Tiene donaire su espontánea parla. *Serraniegas* son cúmulo de joyas del terruño y de naturalidades bien observadas. Posee una novela en preparación: llámase *Al pueblo de los Andes*.

Isaac Barrera es director de la revista *Letras*. Le apasiona la crítica. Sigue de cerca, tanto el movimiento cultural hispano-americano, como el francés, del que es decidido admirador. Ha escrito artículos de varios matices, en especial políticos y esbozos críticos. Publicó un libro biográfico *Rocafuerte* y una selecta y sugestiva obra dramática *La melancolía de una tarde*.

Víctor Félix Toscano viene de esmerarse en temas educadores. Ha tratado sobre la metodología de varias materias con profundo criterio pedagógico y corrección de lenguaje. Selecto profesor, no abandona los libros serios. Es bien preparado, no solo para el castellano, sino para la filosofía del idioma y la psicología docente.

Reinaldo Cabezas Borja ha pronunciado varias conferencias. En Julio de 1917, dedicó a los obreros una muy concienzuda acerca de *La suerte de los débiles*. Su tesis sobre el fundamento y evolución del Derecho Penal fué brillantemente comentada en el exterior. Acaba de dar a luz un libro intitulado *Introducción para un Estudio Crítico del Código Penal Ecuatoriano*, en el que señala, como remedio para el crimen, la educación, entre otras reformas de acuerdo con las costumbres, leyes y el grado de adelanto. Presenta, por último, un Proyecto de Reglamento para la cárcel Penitenciaria de Quito.

Daniel Hidalgo, preocupado de problemas sociológicos, nos habla de su evolución en el Ecuador, de los males del militarismo y de otros cánceres sociales. Ha estudiado las constituciones de la patria. Es reciente su conferencia sobre exportación y concertaje.

Agustín Cueva, sociólogo profundo, traza la vida de los que especializaron esta materia. Le han desvelado el concertaje y la mísera condición del indio. Le entusiasma la extensión universitaria que proyecta su luz bienhechora por los ámbitos de la República. Es alma todo fervor, disciplina y erudición concienzuda.

Leonidas García ha combatido con rigor el militarismo y los vicios caceros de nuestra educación, sin miedo ni contemporizadas miras. Su última publicación es *Metodología de la historia*.

Pío Jaramillo Alvarado escribe con soltura *Actualidades en La Nación*. Puso de manifiesto la urgencia de que el Ecuador se prepare con motivo de la apertura del Canal de Panamá. Su pluma es enérgica y va recto con rumbo a la verdad, trazando rasgos bien acentuados.

Alejandro Mosquera Narváez ha inquirido el problema fiscal del Ecuador viendo la manera de solucionarlo. Este inteligente abogado y profesor universitario, expresó los anhelos del plantel en un discurso que es la despejada etiología de las enfermedades que afectan a la institución, los pródromos del mal y la medicina salvadora.

Cristóbal Gangotena Jijón ha simpatizado en Quito con el género de tradiciones inspiradas en nuestra historia, lo mismo que en Guayaquil Gabriel Pino Roca, que ha reunido un buen número.

Manuel B. Cuevas García ahonda la filosofía del derecho. Ha dado a la estampa algunos opúsculos relacionados con la ciencia jurídica.

César A. Estrada, viajero infatigable, acometió con indómita energía la empresa *El gran libro de América*, del que lleva publicados los volúmenes correspondientes a las Repúblicas de la Argentina y Brasil, en ediciones de lujo, profusas en datos ilustrativos y primores gráficos.

Angel T. Barrera, además de sus fervores biográficos sobre el *Garibaldi Americano*, tiene otros estudios históricos y un opúsculo acerca de los novelistas ecuatorianos.

Carlos Alberto Flores, autor de algunos folletos, entre ellos *El concepto de la vida*, figura en la prensa guayaquileña.

J. M. Velasco Ibarra, joven muy inteligente, se ha dedicado a la crítica. Merecen citarse sus conceptos sobre el libro de Faguet *El Liberalismo*, por ejemplo.

Juan María Cuesta ha publicado un estudio crítico-biográfico del doctor Remigio Crespo Toral.

Alejandro Campaña, resalta su talento, espíritu de observación y apego a la tira en artículos políticos, artísticos e impresiones de cronista. Redactó *Juan Verdades*.

José María Chaves Mata tiene su opúsculo *Excelsior*. Dirige la revista *El Pensamiento*.

Jorge Humberto Egúez es uno de los redactores de la *Revista de la Sociedad de Estudios Jurídicos*. Es joven estudioso. Prepara algunas monografías de ciencias públicas.

Enrique Freile G., muy aplicado y sediento del saber. Ha dado varias muestras de su amor a la literatura en conferencias y actos públicos intelectuales. Es optimista. Simpatiza con Norte América y ha hecho resaltar la figura de Wilson, *Chairman* de las Conferencias de Paz, como lo dijo el *Premier* Clemenceu.

Manuel Elicio Flor sostiene con férrea convicción sus principios católicos. En su defensa, ha pronunciado discursos de combate y escrito cálidos capítulos de polémica y críticos.

Inocencio M. Jácome, erudito dominicano, polígloto—un sabio no obstante sus frescos años—discurre razonada y tolerantemente acerca de Renán y su nieto Pischari. Despeja la mente de los obreros con serie de conferencias, claras e ilustrativas.

Roberto Páez conoce detenidamente al doctor Grasset. Revela clara condición en sus apreciaciones. Es mente recta y voluntad firme.

Miguel Angel Montalvo, después de su novela *Los malhechores de la Justicia*, hace resonar su voz en el Parlamento.

Carlos H. Eudara anota la impresión del momento y el minuto que pasa, en crónicas suscritas por *Dilettante* y otras por *El*

señor de Bergeret, lo mismo que un personaje de la universal literatura.

Julio César Endara, es temperamento curioso que ha seguido el movimiento de la literatura de España y los morbos que señala E. Noel, al que aplaudió, lo mismo que a otros personajes de las letras contemporáneas. Estudia medicina y ha escrito en la revista órgano del centro de jóvenes que saludan estos estudios.

Gualberto Arcos, espíritu muy juicioso, le gusta argumentar con madurez. Ha trazado tolerantes críticas de escritores ecuatorianos como Miguel Moreno. Le apasiona la ciencia y la estética de preferencia.

Oscar Efrén Reyes ha publicado *Capítulos liminares*, que fué reproducido en el Paraguay, y "Caracteres". Cultiva la pedagogía. Tiene varios trabajos literarios.

Luis F. Madera es autor de diminuto texto *Geografía de Imbabura*, cuya segunda edición es de 1918. En el mismo año publicó "Ibarra y el terremoto de 1868".

Gonzalo Gijalva, reunió sus conocimientos de profesorado en *Lecciones de Historia*.

LAS CIENCIAS

La ciencia arqueológica está altamente representada por un inteligente joven que ha puesto al servicio de ella su fortuna: Jacinto Jijón y Caamaño. Ha publicado valiosísimas obras de prehistoria y protohistoria ecuatorianas, ya sobre algunos tesoros aborígenes hallados, ya la descripción de artefactos primitivos del Guayas, ya eruditas notas acerca de los incas, ya de arqueología americana. Ha coleccionado las mejores obras artísticas, fomentado así el arte patrio. Posee inmensos tesoros de la época precolombiana y una biblioteca hispánica admirable. Anhela inaugurar un museo y centro de lectura públicos. Dirige el gran "Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos", como presidente de la Asociación.

Trató de la triste suerte de Edward King, Vizconde de Kingsborough.

Carlos M. Larrea es otro exponente de la ciencia arqueológica, que la profundiza con esmero. Sus anotaciones prehistóricas llaman la atención por los vastos conocimientos que encierra. La introducción y notas a la relación inédita de Miguel de Estete acerca del descubrimiento y conquista del Perú rebosan de erudito examen.

J. Gabriel Navarro, fervoroso amante del arte, ha formado una pacienzuda y útil epigrafía quiteña. Es colección valiosa de inscripciones antiguas y modernas, tomadas de las iglesias, conventos, cuarteles, y toda clase de monumentos de la ciudad de San Francisco de Quito, precedidas de histórica introducción de la materia.

En petrografía quiteña J. Jorge Landívar Ugarte ha reunido copia fiel de inscripciones que leyó en los diversos monumentos.

Julio Tobar Donoso desentrañó la historia de las segundas elecciones de 1875. Ha entrado también, en la vida del doctor Pedro José de Arteta. Le es familiar la letra de cambio.

Juan Félix Proaño ha aclarado varias cuestiones históricas y prehistóricas, sobre todo de los aborígenes de Riobamba.

Francisco de Paula Soria, que se había ocupado en asuntos cívicos y de educación, tiene lista una Sinópsis volcanológica del Ecuador. En su obra inédita *Génesis de la Escuela de Alejandría*, se remonta al Oriente, sin omitir la China, Persia, India.

Guillermo Destruge ha desentrañado el misterio de trascendentes problemas. Su obra *Correlación de las fuerzas naturales* alcanzó pronto dos ediciones.

Carlos T. García, ha consagrado su afán a la pedagogía: Dirige "El Magisterio Ecuatoriano". Inmejorables son sus artículos por las indicaciones prácticas de que están llenos.

Carlos A. Rolando es especialista en química. Su último texto es altamente recomendado. Titúlase "Apuntes de Química Médica".

José María Suárez ha especializado la ciencia estadística, tan difícil y descuidada entre nosotros.

Con sus propios fondos, entregado a aspectos de economía y

rentística ecuatorianos, Julio E. Rueda sostiene la magnífica *Revista Comercial* que presta grandes servicios y nos acredita afuera.

Alfredo Flores Caamaño efectuó algunas rectificaciones históricas. En Europa editó un voluminoso libro acerca de Mejía y su acción oratoria. Su frase castigada no transige con los crímenes gramaticales. Conserva inédita una obra de carácter histórico, prolijamente afianzada en documentos.

Luis G. Tufiño ensancha los horizontes astronómicos.

Rafael Andrade Rodríguez ahonda la difícil trigonometría.

Nicolás F. López, además de sus puntos militares, ha publicado artículos de carácter internacionalista. Su última conferencia versó acerca del panamericanismo.

Angel Polibio Cháves trata de la urbanidad de las señoritas, obra que, en unión de sus *Nociones de Pedagogía*, alcanzó medalla de oro en la última Exposición Escolar de Guayaquil.

Angel Isaac Chiriboga ha dado a luz un claro y sintético trabajo sobre explosivos. Escribe también sobre higiene militar y otros capítulos útiles para el soldado.

Gustavo Lemos R. ha escrito sobre minucias gramaticales y simplificación ortográfica.

Luis F. Andrade Moreno ve la manera de cortar de raíz en el Ecuador las desastrosas revueltas civiles por medio de la organización del *Servicio Militar obligatorio*.

Carlos Matamoros Jr., normalista que estudió en Quito, ha editado *Exposiciones Pedagógicas* en 1918, en Guayaquil.

LAS REVISTAS

Merecen citarse los demás redactores y colaboradores nacionales de revistas que honran a la Patria como el *Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos*, *Revista de la Sociedad Jurídico Literaria*, *Letras*, *Revista de la Sociedad Estudios Jurídicos*, *Anales de la Universidad*, *Revista de la Corporación de Medicina*.

Revista de la Asociación de Estudiantes de Derecho, Revista Forense, El Magisterio Ecuatoriano, Vida Intelectual, La Idea, Revista de la Asociación de la Juventud Ecuatoriana, Boletín Eclesiástico, Revista de la Sociedad Nacional de Agricultura, El Maestro de Escuela, La Ilustración, Patria, Revista del Colegio Bernardo Valdivieso, Cultura, Páginas Literarias, El Demócrata, El Pensamiento, La Aurora, Revista Comercial, El Comercio Ecuatoriano, Acuarelas, Album social, Ciencia y Letras, Luz y Patria, etc.

Diario cultos y de lenguaje decente trabajan por la civilización, desechando insultos y bajas miras, herencia funesta de los presidarios de la pluma.

La caricatura—género espiritual y sutil, perfumado de suave ironía que graciosamente apenas *esfumina* el ridículo humano—empieza a abrirse paso, con novedad y arte. En Quito lucen sus lápices sugestivos y habilísimos Enrique Terán y Guillermo Latorre, geniales jóvenes de cepa artística. Son muy conocidos y residen en Guayaquil Teobaldo Constante, Jaime Salinas, el caricaturista de *El Telégrafo* y *El Guante*, y J. Payete Varas.

La enumeración es fatigosa. Sentimos no hablar de nuestros artistas como Durán, Traversari, José Rueda, Antonio Salgado, Aníbal Egas, los Midero, Wenceslao Cevallos, León, los Mena, los Mera, Luis Salguero, Nicolás Delgado, los Terán, los Paz, Javier Andrade, Francisco Salgado, etc.

De la brillante floración literaria femenina, en la que ubérrimas revistas como el valioso *Boletín de la Biblioteca Nacional del Ecuador*, la simpática y lozana *Flora*, el *Boletín Escolar* que dirige la señorita Mercedes Martínez Acosta, la juvenil *Mujer ecuatoriana* dan soberbias muestras de adelanto, trataremos en otra ocasión con regocijo. Conste sí que más de una vez revelamos nuestro fervor y aplauso respecto del feminismo bien practicado y entendido.

ALEJANDRO ANDRADE COELLO
